

FRANCIA Y LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA EN 1808 (DE BAILÉN A CHAMARTÍN): LA INFORMACIÓN Y LA ACCIÓN

Jean René AYMES¹

Naturaleza y funcionamiento de la información

EN los dos extremos, muy alejados el uno del otro, de la «cadena de la información» se sitúan, en 1808, el Emperador y la masa de sus súbditos, o sea, por un lado la convergencia, concentración y pléthora de los datos recibidos y de las órdenes lanzadas, y por otro la pobreza y la manipulación, ya que los propagandistas que se valen únicamente de la prensa oficial estrechamente controlada² recurren sistemática y descaradamente a la mentira, la ocultación, la exageración, etc. Después de Waterloo y del cambio de régimen, esa versión adulterada de los hechos será avalada o desmentida o matizada por los ex actores y testigos de la guerra de España, militares eminentes o de categoría inferior, que a partir de 1815 van a dirigirse al público a través de sus memorias. Así se expresarán, para sincerarse o revelar secretos, los Miot de Mérito, Suchet, Marbot, Thiébauld, Clermont-Tonnerre, Blaze, Rocca³... Naturalmente pasaré por alto aquí esa información. No por voluntad mía, sino por imposibilidad material, también habré de hacer caso omiso de las cartas no conservadas que los soldados napoleónicos, durante su presencia en la Península⁴, manda-

¹ Profesor de la Universidad de La Sorbona.

² CABANIS, André: *La presse sous le Consulat et l'Empire (1799-1814)*, Société des Etudes Robespierriennes, Paris, 1975.

³ TULARD, Jean: *Biographie critique des mémoires sur le Consulat et l'Empire, écrits ou traduits en français*, Librairie Droz, Genève, Paris, 1971.

⁴ AYMES, Jean-René: *Los españoles en Francia (1808-1814). La deportación bajo el primer Imperio*, Siglo XXI de Ediciones, Madrid, 1987.

ron a sus familiares y amigos en Francia. En otra oportunidad, hace muchos años, cuando investigaba sobre la presencia en Francia de miles de prisioneros de guerra y rehenes españoles, llegué a captar, a través de los informes de los prefectos y de cartas interceptadas escritas por paisanos franceses, las tendencias de la opinión pública respecto a esos españoles deportados y a la guerra en curso en su país; pero la verdad es que la casi totalidad de los datos recogidos conciernen a los años 1809-1814, y no al año 1808, como si la opinión pública francesa en una fecha tan temprana no se hubiera plasmado todavía o se quedara desconcertada ante unos sucesos insólitos o problemáticos, como fueron la caída de Godoy, las abdicaciones de Bayona y los inicios de la insurrección popular en Madrid. La inquietud que empieza despertar esa insurrección no se transparenta en la prensa y no pone en entredicho el extraordinario optimismo de que hace alarde Murat después de las jornadas madrileñas del 2 y 3 de mayo. Entre Bailén y la estancia del Emperador en Chamartín, para un campesino bretón o un minero del norte de Francia, la guerra de España sólo tiene la pobre existencia e importancia que le conceden *Le Moniteur* y el *Journal de Paris* a través de unas noticias intermitentes y nada sustanciales, excepto para la secuencia de Bayona. Todas esas noticias tienden a asegurar que «*les affaires d'Espagne*» —ésta es la expresión consagrada—, pronto acabadas, redundarán en beneficio de la gloria del Emperador, del prestigio de sus ejércitos y de la felicidad de los españoles.

Esa pobreza, sistematismo y unilateralidad de las noticias y comentarios destinados a la población contrastan con la abundancia de las noticias y comentarios, no unánimes, que circulan confidencialmente en las dos direcciones, de manera a la par centrífuga y centrípeta, desde España hasta París y desde la capital hasta el sur del Pirineo.

Hacia París, donde el Emperador manifiesta un afán insaciable y obsesivo de estar al tanto de todo, de manera constante y detallada, van dirigidos masivamente los informes procedentes del rey José, del embajador en Madrid (el conde de La Forest), de los generales que dirigen un «*corps d'armée*» y que controlan, en teoría, tal o cual comarca. Los legajos con piezas originales o copiadas y los libros encuadernados en los que a veces se resumen esos informes se encuentran en el Archivo Militar de Vincennes, la mayoría de ellos en espera de investigadores. Por mi parte, para este trabajo, tuve que limitarme a una exploración parcial, circunscrita, para el año ocho, a la correspondencia del mariscal Soult, del mariscal Jourdan, del general Thouvenot (establecido en San Sebastián) y del general Belliard, gobernador de Madrid, así como a las piezas del llamado «*affaire de Bay-*

len»⁵. Aparte del Archivo de Vincennes, existe el Archivo Histórico Nacional que abriga la serie AF IV, la cual ofrece una insospechada riqueza y diversidad de documentos referidos a los «*affaires d'Espagne*» para 1808⁶; en ese batiburrillo de piezas, pocas veces tomadas en consideración por los investigadores, hay, procedentes del lado enemigo, proclamas de los jefes insurrectos, carteles, números sueltos de gazetas españolas e inglesas, cartas interceptadas (de militares españoles e ingleses, y de paisanos anónimos) y los contenidos de interrogatorios de prisioneros. Hay también los llamados «*renseignements généraux*»⁷ sobre las características generales del país, la opinión pública, la actuación del clero, etc, así como los informes clandestinos procedentes de espías y «*confidentes*». Por fin, hay los archivos personales, a veces sustanciales, de Suchet, Soult, Murat, amén de los «*Archives de Joseph Bonaparte*». La tercera y última fuente archivística que permite desvelar la manera de enfocar la guerra de España en sus inicios se encuentra en el ministerio de Asuntos Exteriores donde investigó, hace unos tres cuartos de siglo, André Fugier que se hizo familiar de la serie «*Mémoires et Documents*»⁸ y en particular de los que aclaran la situación de España en 1808.

Todos esos datos, procedentes de informes oficiales o no, destinados a no salir a la luz cuando traían novedades inquietantes o nefastas, configuran la imagen que la guerra de España proyecta, no en la masa de la población que se ha de contentar con la versión distorsionada brindada por la prensa, pero sí a nivel del poder central (el jefe de Estado y los ministros de la Guerra, de la Policía General, de los Asuntos Exteriores y de la Administración de la Guerra).

⁵ Archivo Militar de Vincennes o, bajo su apelación oficial, «Service Historique de l'Armée de Terre» (S.H.A.T.). Signaturas correspondientes: - C8/339 «Correspondance du maréchal Jourdan (27 août-11 novembre 1808)» - C8/206 «Papiers Jourdan» - C8/144 «Copie de la correspondance du maréchal Soult (novembre 1808-juin 1809)».- C8/159: «Rapports faits à l'Empereur, du 15 janvier 1808 oa 20 mai 1809)»- C8/273-274: «Collection des pièces relatives à l'affaire de Baylen»- C8: 151: «Affaires d'Espagne - Pièces diverses (1808-1813)».

⁶ Archivo Histórico Nacional o, bajo su reciente apelación oficial, «Centre Historique des Archives Nationales» (C.H.A.N.). Legajos (microfilmados o no) consultados: AF IV 1608 a AF IV 1610, AF IV 1614 y AF IV 1615.

⁷ Durante los años de la guerra de España adquirieron mucha aceptación dos obras efectivamente recomendables, escritas por un buen conocedor de la Península, Alexandre de Laborde (o La Borde), autor del *Voyage pittoresque de l'Espagne* y del *Itinéraire de l'Espagne*. La reseña del *Itinéraire (...)* aparece, por ejemplo, en la *Gazette Nationale ou Moniteur Universel* del 21 de diciembre de 1808. El mismo Laborde que, por lo visto, acompaña al Emperador en España es también autor de un interesante informe sobre Madrid, transcrito por el comandante Balagny en su *Campagne de l'Empereur Napoléon en Espagne (1808-1809)*, Berger -Levrault, Paris- Nancy, 1903, tomo III, p. 65 sq.

⁸ FUGIER, André: *Napoléon et l'Espagne, 1799-1808*, 2 vol., Librairie Félix Alcan, Paris, 1930.

A partir de ese cúmulo de informaciones, a veces filtradas y seleccionadas por los ministros, Napoleón, con una extraordinaria frecuencia, dicta sus órdenes, juzga a sus generales, hace preguntas y, en definitiva, pretende orientar o reorientar con precisión el curso de la guerra en España, ora a sabiendas de lo que ocurre allí, ora en una completa ignorancia de ello, ora haciéndose el sordo a lo que le piden o sugieren los que se sitúan directamente bajo sus órdenes.

Esta me parece ser, en su heterogeneidad, sus contrastes y, a veces, sus antinomias, la realidad de la guerra de España, tal como se anida en la mente de los franceses, del Emperador para abajo, hasta los lectores engañados de *Le Moniteur*.

Hasta Bailén

De todos es conocido, y más que nunca después de los congresos dedicados al episodio⁹, el contraste entre la enorme repercusión que tuvo en todo el país la insurrección madrileña del Dos de Mayo y, del lado francés, la ninguna trascendencia que se le atribuyó y la inesperada oleada de optimismo que desencadenó; La Forest, satisfecho del escarmiento, declara: «...*El partido de Fernando está completamente derrotado a través de la canalla a la que puso él en la primera fila...*»¹⁰.

Los lectores de la *Gazette Nationale*, en el número del 16 de mayo, pueden leer: «...*Todo está perfectamente tranquilo en España y las cosas se presentan bajo el mejor aspecto...*».

El Emperador comparte el optimismo de Murat, en particular respecto a Cataluña¹¹. Su postulado, que dentro de unos meses resultará invalidado,

⁹ Cf. en particular ENCISO RECIO, Luis Miguel, ed.: *Actas del Congreso Internacional El Dos de Mayo y sus Precedentes* (Madrid, 20-21-22 de mayo de 1992), Madrid Capital Europea de la Cultura, 1992.

¹⁰ Carta fechada erróneamente en 1.º de mayo, pero en realidad en 4 de mayo, en *Correspondance du comte de La Forest, ambassadeur de France en Espagne, 1808-1813 (...)*, Alphonse Picard et fils, Paris, 1905, tomo I, p.4.

¹¹ Carta de Napoleón a Murat, el 22 de mayo; en Comte MURAT: *Murat, lieutenant de l'Empereur en Espagne (1808), d'après sa correspondance inédite et des documents originaux*, Plon, Nourrit et Cie, Paris, 1897, p. 389. El contenido, íntegro o fragmentado, de varias cartas de Napoleón se puede consultar en uno de los mejores estudios que se hayan publicado en Francia sobre la Guerra de la Independencia; se trata de: THIRY, Jean: *La guerre d'Espagne*, Editions Berger -Levrault, Paris-, 1965. A este estudio remito, como también al reciente y magnífico (por su riqueza y ponderación) libro de ESDAILE, Charles: *La Guerra de la Independencia*, Crítica, Barcelona, 2003, aunque se pueda echar de menos la documentación parisina que ni siquiera figura en las «Fuentes archivísticas» (pp. 597-598). Pero es verdad que esta ausencia está parcialmente susbstanada por la utilización de las memorias de Bigarré, Blaze, Foy, Lejeune, Marbot, Miot de Méliot, Rocca, Sarrazin y Suchet.

consiste en creer porfiadamente que se ha conquistado una ciudad cuando se ha ocupado sus fortalezas, que se domina una provincia cuando se ha entrado en su ciudad principal y que se ha subyugado un país cuando se ha invadido su capital.

Sin embargo, a lo largo de junio y durante la primera mitad de julio, ya es imposible disimular que los focos de resistencia se han multiplicado¹². Los motivos de una inquietud creciente llegan a poner en entredicho las informaciones alentadoras de naturaleza política, según las cuales José, en su viaje desde la frontera hasta Madrid, recibe una acogida simpática, mientras que los notables en la capital se preparan para sostener la nueva dinastía.

A principios de julio, el planteamiento estratégico global se puede resumir de la manera siguiente: el objetivo principal, expuesto por el mismo Emperador es «...*conservar Madrid: todo está allí...*»¹³. Los demás objetivos se ordenan como sigue, según una jerarquía descendiente: 1. Bessières, a quien se ha encargado el control de Castilla la Vieja, se encaminará luego hacia Galicia; 2. Dupont se ocupará de Andalucía, en concreto de la toma de Sevilla; 3. Importa apoderarse de Zaragoza, para dominar luego a todo Aragón; 4. La ocupación de Valencia no presenta ningún carácter de urgencia. No se menciona para nada a Cataluña, considerada controlada y tranquila.

La victoria de los soldados napoleónicos en Medina del Río Seco provoca unos ligeros cambios estratégicos, anunciadores de una nueva oleada de optimismo: esa victoria «...*nos va a dar toda Galicia...*» y garantiza la tranquilidad de Navarra y de Vizcaya. En total, la posición de los franceses parece insuperable, ocupando ellos el centro del país y rechazando a los españoles y a los ingleses hacia la periferia.

Y se dan nuevas consignas a Dupont (a quien vamos a acompañar ahora). Como si se estimara que el objetivo principal se ha alcanzado con la victoria de Bessières en Castilla la Vieja, los «*affaires d'Andalousie*» pasan a ocupar el primer puesto, mientras que, hacía poco, los estrategas estimaban que «...*si el general Dupont sufriera un fracaso, ello tendría pocas consecuencias...*»¹⁴. El 18 de julio, desde Bayona, Napoleón ordena la ofensiva en Andalucía: «...*Después de la victoria de Medina del Río Seco, el general Dupont puede pensar seriamente en dispersar y destruir al general Castaños...*»¹⁵.

¹² *Correspondance de La Forest (...)*, Carta del 4 de julio, p. 142.

¹³ *Correspondance de Napoléon 1^{er}, publiée par ordre de l'Empereur Napoléon III*, 32 vol., Plon, Paris, 1858-1870, Carta n.º 14192: «Notes pour le général Savary» (Bayona, 13 de julio).

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ Carta n.º 14125 (A José, Bayona, 18 de julio).

Las «*Notas sobre la posición del ejército en España*», fechadas en Bayona el 21 de julio, precisan cómo se ha de preparar la victoria sobre las tropas de Castaños: «...*El único punto importante es, pues, el general Dupont. Si el enemigo llegara a apoderarse de los desfiladeros de la Sierra Morena, sería difícil desalojarle de allí; así, pues, hay que reforzar al general Dupont de manera a que tenga 25.000 hombres, incluyendo a los que se necesitan para guardar los pasos en las montañas y parte del camino de la Mancha...*»¹⁶.

Dejando aparte el motivo de desasosiego referente al control de los desfiladeros de la Sierra Morena, la victoria de Dupont se da por segura, por lo menos en torno al Emperador y en los estados mayores. Con todo, me interesa apuntar que se oyen algunas notas disonantes, reveladoras de que, por su lado, los españoles (no se sabe si con ingenuidad o con una extremada presunción) también están persuadidos de que ellos saldrán victoriosos. En efecto, en los últimos días de junio, el general Thouvenot, desde San Sebastián, anuncia al Príncipe de Neuchâtel, Mayor General, que la rendición de la armada francesa en Cádiz enardece el ánimo de los españoles: «...*El plan de campaña de los insurrectos es que los insurrectos de Andalucía, reunidos con las tropas de Saint Roc (San Roque), han de atacar y destruir el cuerpo de ejército del general Dupont para encaminarse luego hacia Madrid y expulsar a los franceses...*»¹⁷.

Bailén

La noticia estupefaciente del descalabro sufrido por Dupont en Bailén y de su capitulación, el 22 de julio, sólo llega a los oídos de los franceses, el 6 de septiembre, es decir 46 días después; ha transcurrido un mes y medio. Para atenuar la violencia de ese «*trauma mediático*», en la «*Relation des événements d'Espagne*» que sale, el mismo día, en *Le Moniteur* y en el *Journal de l'Empire*, se tiene a bien incluir unos datos alentadores (Duhesme y Bessières se han apuntado victorias magistrales) y una opinión infamante sobre la guerrilla popular: «...*Las agrupaciones de insurrectos apenas merecen que se tomen en consideración en esa guerra. Se defienden detrás de un muro, en una casa, pero no mantienen su posición en el campo raso, y basta un escuadrón o un batallón para desbaratar a varios miles...*» (*Journal de l'Empire*).

¹⁶ Carta n.º 14223.

¹⁷ S.H.A.T., C8/177.

Precedía ese párrafo el relato, intencionadamente incompleto, de la derrota de Bailén totalmente achacada al firmante de la capitulación: «...*El general Dupont, tras una serie de sucesos que no podemos transcribir, porque han de ser el objeto de investigaciones, de informes y de interrogatorios, cometió la triple falta de dejar cortar sus comunicaciones con Madrid y, cosa aún peor, de dejarse separar de las dos terceras partes de sus fuerzas que se habían quedado a 6 leguas de su línea de comunicación y, por fin, de luchar, el 19 de julio, con la tercera parte de su gente, en una posición desfavorable, después de una marcha forzada de noche y sin tomar el tiempo de descansar. Hay pocos ejemplos de una conducta tan opuesta a todos los principios de la guerra (...). Luego, no supo demostrar valor civil (sic) y habilidad durante las negociaciones...*».

La consecuencia, lógica y lamentable, de la capitulación es que el rey José tiene que alejarse de Madrid, lo que permite a su ejército (¡ mínima compensación!, pensarían los lectores) huir del calor agobiante y tomar el fresco...

Entre los franceses que, para sustraerse al ejército victorioso de Castaños, se encaminan hacia Castilla la Vieja y Álava se encuentra el embajador La Forest que, el mismo día de su salida hacia el Norte, el 29 de julio, o sea una semana después de la capitulación de Bailén, se ha enterado, gracias al general Savary, del «...*suceso deplorable de Andalucía y de la necesidad de alejarse pronto de Madrid...*»¹⁸.

Resistiéndose a utilizar el topónimo «*Baylen*» que pasa a ser un vocablo asociado definitivamente a humillación e infamia, La Forest, en cambio, se atreve a calibrar la enorme dimensión de la derrota, escribiendo, el 10 de agosto: «...*La capitulación del ejército de Dupont es una catástrofe tan agobiante como imprevista. La habían precedido unas grandes faltas. Para subsanarlas, sólo se necesitaban una mejor combinación en el mando y unos refuerzos de parte de Francia y una buena organización del gobierno de Su Majestad Católica. Pero de repente todo se ha venido abajo en el lado en que se imaginaba la mayor pericia militar, y las consecuencias son funestas...*»¹⁹.

Con la cautela y la habilidad propias de un diplomático, La Forest, en lugar de ensañarse sólo con Dupont, se atreve a inculpar también al gobierno de José, incluyendo probablemente a los altos mandos. Tres días después, practicando un malabarismo conceptual que deja perplejo a uno, La Forest recalca la amplitud del desastre, pero, al mismo tiempo, esforzándo-

¹⁸ *Correspondance de La Forest (...)*, p. 196.

¹⁹ *Correspondance de La Forest (...)*, p. 201.

se por ser optimista contra viento y marea, deja perfilarse las (inverosímiles) ventajas de la derrota, en la medida en que se impone ya la dureza, y no la suavidad y la búsqueda de la conciliación con los «afrancesados» demasiado timoratos o vacilantes: «...*La derrota sufrida es cruel, por cierto; ha vulnerado el honor de las armas; trastorna, según varios puntos de vista, la distribución, que hiciera el Emperador, de sus fuerzas en Europa; pero ya se entreven los efectos saludables que han de sofocar los lamentos...*»²⁰.

El Emperador está en el suroeste de Francia cuando le llega una serie de malas noticias en los últimos días de julio y primeros de agosto. Esas noticias borran el efecto entusiasmante del anuncio de la victoria de Medina de Río Seco que él había comentado, el 18 de julio²¹. El 30 de julio, una iniciativa de Moncey que se ha replegado sobre Ocaña provoca su descontento²². El 1 de agosto, se entera de que Dupont se dispone a emprender la retirada: «...*Eso no se puede concebir...*»²³. La noticia de la capitulación de Bailén parece haberle llegado en Burdeos, el 2 de agosto; pero, de manera sorprendente, primero se esfuerza por ocultar su pasmo y su furia al componer la figura metafórica de una mera disimetría entre el *plus* de la victoria de Medina de Río Seco y el *menos* de la derrota de Bailén (Igual que La Forest, evita pronunciar el nombre ominoso): «...*La batalla de Medina de Río Seco ha hecho trizas al ejército (español) de Galicia. La batalla de Andalucía nos ha arrebatado un cuerpo de 15.000 hombres. Por cierto, los dos acontecimientos no se equilibran; sin embargo, se compensan hasta cierto punto...*»²⁴.

En realidad, Napoleón se deja embargar por una racha extremadamente violenta de ira y de resentimiento que apunta exclusivamente a Dupont. De esa cólera memorable quedan dos huellas impresas, bajo la forma de dos cartas dirigidas, el 3 de agosto, una a Clarke, ministro de la guerra, la otra a su hermano José que se encuentra en Buitrago a aquellas alturas y que le anuncia a Clarke: «...*Le envío unas piezas para Vd sólo. Léalas con un mapa en la mano, y verá si, desde que existe el mundo, hubo más tonto, más inepto, más cobarde. Así quedan justificados los Mack, los Hohenlohe, etc. Se ve perfectamente, por el propio relato del general Dupont, que cuanto ocurrió es el resultado de la inepticia más inconcebible. Había dado la impresión de obrar bien a la cabeza de una división; obró de manera pési-*

²⁰ *Correspondance de La Forest (...)*, Vitoria, 23 de agosto, p. 230.

²¹ Carta n.º 4210 (a Bessières, 17 de julio). Carta n.º 14213 (a Joaquín Napoleón, Rey de las Dos Sicilias, 17 de julio). Carta n.º 14218 (a José, 18 de julio).

²² Carta n.º 14239 (a José, Agen, 30 de julio).

²³ Carta n.º 14240 (a José, Burdeos, 1.º de agosto).

²⁴ Carta n.º 14241: «Notes sur la situation actuelle de l'Espagne» (Burdeos, 2 de agosto).

ma como jefe supremo. Cuando ese golpe fatal del destino se dio, todo progresaba en España: el rey, desde su llegada a Madrid, triunfaba todos los días; el mariscal Bessières, después de la memorable victoria de Medina de Río Seco donde, con 12.000 hombres, provocó la huida de los ejércitos de Galicia y Portugal, matándoles 8 ó 10.000 hombres; les había echado fuera de Valladolid, de Palencia y del reino de León; el sitio de Zaragoza adelantaba gran velocidad y todo nos llevaba a esperar un desenlace distinto. Esa pérdida de 20.000 hombres de élite y escogidos que ya se echan de menos, sin que se haya causado siquiera al enemigo ninguna baja de consideración, la influencia moral que fatalmente aquello va a tener sobre esa nación, han llevado al rey a tomar una decisión muy importante, al acercarse a Francia y establecerse en Aranda y a orillas del Duero...»²⁵.

En la carta a José estalla aún más impetuosamente el ensañamiento del Emperador: «...Hermano mío, me aflige el enterarme de que Vd. se las ha, amigo, con unos acontecimientos que están tanto por encima de sus costumbres como por encima de su genio natural. Dupont ha ultrajado nuestras banderas. ¡Qué ineptia! ¡Qué baja! Esos hombres caerán en manos de los ingleses. Unos acontecimientos de esa índole exigen mi presencia en París. Alemania, Polonia, Italia, etc., todo va unido. Mi dolor es harto fuerte cuando me hago cargo de que no puedo estar con Vd. en este momento, en medio de mis soldados. Le acabo de ordenar a Ney que se vaya allí. Si Vd. se acostumbra a Ney, él podría valer para mandar el ejército. Tendrá Vd. 100.000 hombres y España será conquistada en el otoño. Una suspensión de combate, acordada por Savary, quizá pueda llevar a imponerse a los insurrectos y a dirigirles; se oirá lo que digan. Creo que, a tenor de su temperamento particular, Vd. se cuida poco de reinar sobre los españoles. Dígame que Vd. se siente alegre, que está bien de salud y que se va acostumbrando al oficio de soldado...»²⁶.

Negándose a tomar en consideración los argumentos esgrimidos por Dupont para su defensa, Napoleón fulmina al responsable de la capitulación de Bailén. Tres semanas después de sus cartas airadas a Clarke y a José, cuando se encuentra en Varsovia, escribe al mariscal Davout una carta que pone de manifiesto que su cólera no ha bajado de tono y que reitera su acusación de imbecilidad y de cobardía, que parece incluir ahora a los auxiliares de Dupont: «...Dupont ha deshonrado nuestras armas; mostró tanta ineptia como pusilanimidad. Cuando Vd se entere de eso un día, sus cabe-

²⁵ Carta n.º 14242.

²⁶ Carta n.º 14243.

*llos se le pondrán de punta. Los juzgaré con rigor y, si han ensuciado nuestro uniforme, tendrán que limpiarlo...»*²⁷.

Unos días después, el Emperador que probablemente dispone ahora de varios documentos e informes, se dedica a un escrutinio pormenorizado de la torpe actuación de Dupont. Dirigiéndose por escrito al ministro de la Guerra, concluye: «...Entre el 12 y el 17 (de julio), Dupont no ha hecho más que tonterías...»²⁸ y se deshoga con su habitual fanfarronada alimentada por el consabido estereotipo infamante para los soldados españoles: éstos no eran de temer, porque «...todas las fuerzas españolas no son capaces de arrollar a 25.000 franceses que ocupan una posición razonable...» (sic).

En ese mes de agosto en que el dossier de acusación se va llenando de piezas («Relación de la campaña de Andalucía» por el mismo general Dupont, texto de la convención con Castaños, extractos del diario del general Privé, resumen de la batalla por el duque de Rovigo, interrogatorios de Dupont y de Marescot, etc.), la opinión de Napoleón se petrifica. En la carta que dirige al ministro de la Guerra, el 31 de agosto, remacha la acusación básica que apunta a Dupont: «...Sólo se le había encargado, sin hacer de ello una obligación sine qua non, que guardara los desfiladeros de la Sierra Morena y que no emprendiera ninguna acción de consideración sin tener las probabilidades suficientes de derrotar al enemigo...»²⁹.

Las revisiones estratégicas

Las repercusiones de Bailén, apreciadas del lado francés, son principalmente de dos clases: por una parte, son —por así decir— mediáticas y relacionadas con las imágenes, en el sentido de que Napoleón se ha hecho consciente en el acto de que se ha empañado irreversiblemente la imagen de su ejército y de que se ha arruinado su reputación de invencibilidad en batallas campales. Por otra parte, las repercusiones afectan la estrategia, obligando a unas revisiones que atestiguan el empeoramiento de las dificultades y de las amenazas. Agrupando y sintetizando en lo posible los innumerables reajustes locales que aparecen en la correspondencia del Emperador y en las «*Observations sur les affaires d'Espagne*», yo diría que entre mediados de agosto y finales de noviembre, antes de que Napoleón intervenga personal-

²⁷ Carta n.º 14269.

²⁸ Carta n.º 14283.

²⁹ S.H.A.T., C8/273-274.

mente en la Península, se distinguen dos momentos, sin que se pueda hablar de una revisión estratégica a fondo.

A la primera fase que se abre con el anuncio casi simultáneo de la derrota de Bailén, de la evacuación de Madrid y del repliegue hacia el Norte, corresponde la nueva apreciación ya inquietante, de la situación. Napoleón, dirigiéndose a Eugenio-Napoleón, virrey de Italia (carta del 17 de agosto), emplea por primera vez dos expresiones eufemísticas: «...*Los asuntos de España se han puesto serios...*», ya que las faltas cometidas por Dupont «...*han echado a perder mis affaires en este país...*»³⁰. Unos días antes, escribiendo desde Burgos, el 12 de agosto, La Forest se había atrevido a anunciar que «...*el odio fuertemente arraigado que estalla, cada día más, contra los franceses...*» no deja a salvo al «soberano» (José Napoleón) a quien la gente rechaza, aunque reconociendo sus cualidades³¹. Para el Emperador se ha abierto, respecto a la campaña de España, la época de los reproches y acusaciones que superan ahora el caso individual de Dupont y se pueden agrupar bajo los siguientes conceptos globalizadores: hubo pusilanimidad al «...*evacuar a España (sic) sin haber visto al enemigo y sin tratar de vencerle...*»; hubo precipitación en Bessières al abandonar Madrid «...*sin saber si el enemigo había entrado en la ciudad...*»; hubo contradicción al interrumpir el sitio de Zaragoza y, al mismo tiempo, al prepararse a reanudarlos inmediatamente después; hubo error al mandar que Bessières se encaminara hacia Frías; hubo un contrasentido al volver al «...*sistema de los cordones...*»; y hubo una elección absurda al dar la prioridad a la lucha contra el contrabando, en detrimento de la lucha contra el enemigo³². Se ve a través de esas increpaciones múltiples que Napoleón en absoluto quiere cargar personalmente con la mínima parte en la responsabilidad de los fracasos, errores y tonterías (*bêtises*) que advierte de repente.

Las nuevas consignas que va a dictar se derivan de la toma de conciencia de que el peligro va en aumento y se expande por el espacio. Tres puntos cardinales están concernidos ahora: el oeste del país está bajo la amenaza del ejército anglo-español de Galicia; el Centro, bajo la amenaza del ejército de Madrid, y el este, bajo la del ejército de Levante³³.

En el nuevo mapa estratégico de España destacan ahora dos ciudades: Zaragoza y Tudela que se ha de fortificar y conservar, porque Napoleón estima que la conquista y conservación de la capital de Aragón y la domi-

³⁰ Carta n.º 14257.

³¹ *Correspondance de La Forest (...)*, p. 209.

³² Carta n.º 14253: «Note pour le Prince de Neuchâtel» (Saint-Cloud, 16 de agosto).

³³ Carta n.º 14283: «Notes sur les affaires d'Espagne» (Saint-Cloud, 30 de agosto).

nación de Navarra dependen de la posesión de Tudela³⁴. Por fin se recomiendan unas pocas operaciones secundarias: la ocupación de Soria y la fortificación de Pancorbo.

Sin llegar a confesar que la población no auxilia a las tropas francesas y, aún menos, que se ha puesto al servicio de los insurrectos, el Emperador parece descubrir la importancia decisiva de las informaciones destinadas a dar a conocer a los soldados franceses los movimientos y proyectos de los adversarios. A pocos días de distancia enumera las clases de gentes que han de proporcionar, bajo presiones, amenazas o represalias, esos datos imprescindibles, ya que escasean los espías: «...*Hay que mandar destacamentos encargados de detener, unas veces al cura o al alcalde, otras veces a un responsable de convento o a un empleado de correos, de interrogarles dos veces al día y guardarles como rehenes (...). Por fin, hay que hacer la guerra, es decir disponer de informaciones por medio de los curas, los alcaldes, los jefes de conventos, los principales terratenientes; entonces, se estará bien informado...*»³⁵.

A mediados de septiembre, sobre un punto el enfoque no cambia: la casi totalidad de la primera parte de las «*Notes pour Joseph*» está dedicada a Tudela donde hay que reunir por lo menos a 15.000 hombres³⁶.

En cuanto a la «*línea del Ebro*», se advierte un desacuerdo entre Napoleón y José: mientras que aquél quiere mantenerla y fortalecerla, el rey está dispuesto a abandonarla, probablemente por resignación o sentimiento de impotencia; ese abandono —no se aclara si el repliegue se efectuará hacia el Pirineo o hacia Madrid— se acompañará del abandono de la conquista de Zaragoza; y eso que José no puede ignorar que el Emperador ha hecho de esa conquista «*une affaire d'honneur*»³⁷.

De todas formas, predomina la impresión de que ya las miradas se vuelven espontáneamente hacia el norte, y no hacia el sur y el sureste, y aún menos hacia el suroeste y Portugal, puesto que está en marcha la evacuación de dicho país tras el «*Convenio de Cintra*» (Pero esa evacuación sólo se anunciará al público francés a principios de octubre).

En la segunda mitad de septiembre, la atención se centra en dos territorios: en Portugal y en Vizcaya cuya capital ha sido invadida por los insurrectos y luego recuperada por los franceses, lo que constituye una de las pocas buenas noticias que el *Journal de l'Empire* se apresura a anunciar, a

³⁴ Carta n.º 14276: «Observations sur les affaires d'Espagne» (Saint-Cloud, 27 de agosto).

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ Carta n.º 14328: «Notes pour Joseph» (Saint-Cloud, 15 de septiembre).

³⁷ Carta escrita por José en Miranda, el 16 de septiembre.

los 10 días de ocurrir. Desgraciadamente, dos días después (el 8 de octubre), el mismo diario se resigna, por fin, a hacer pública una noticia importante y aciaga, vieja ya de más de un mes: el «*Convenio entre Wellesley y Kellermann*» que regula la evacuación de Portugal, la cual no parece catastrófica ni humillante si se ha de conceder algún crédito al comentarista cuya hipocresía y cinismo huelga señalar: «...*El duque de Abrantès juzgó que no se veía capaz de conservar ese país y de expulsar a los ingleses. Prefirió concluir un convenio en lugar de hacerse fuerte en su campamento atrincherao y en las fortalezas de Lisboa, haciendo correr peligro a esa hermosa ciudad de cuyo espíritu había tenido muchos motivos de satisfacción...*».

Ya se ha señalado cómo una cosa es la versión de los acontecimientos que se elabora para que la trague la población francesa (versión lenitiva o embellecedora o inventada o truncada o exagerada, según los casos) y cómo otra cosa muy distinta es la que circula confidencialmente y que, con toda probabilidad, está cerca de la verdad cuando el autor, pudiendo contar con la estima o la confianza del Emperador, se atreve a esbozar o perfilar unos comentarios amargos, desazonados o airados. Imposible, pues, afirmar que los mariscales y generales, al unísono, se han empeñado en engañar al Emperador, portándose todos como unos cortesanos aduladores o hipócritas. Así, el mariscal Berthier, *Vice-Connétable* y *Major Général*, dirigiéndose al Emperador, el 25 de octubre, no le oculta, en unión con el duque de Abrantès, que la conquista y pacificación de Portugal eran punto menos que imposibles: «...*Su opinión es que la Nación portuguesa opondrá resistencia, que el pueblo es valiente y no menos fanático que el pueblo español. Considera él que es fácil derrotar a los ejércitos, pero difícil someter al país, por estar la Nación muy alejada de nuestra civilización...*»³⁸.

Haciéndose el portavoz del ministro O'Farrill y sintonizando probablemente con los consejeros militares del rey, el embajador La Forest comunica a París que «*el país de la Montaña*» es considerado importante por los insurrectos³⁹, opinión compartida por los estrategas parisinos, como lo pone de manifiesto la segunda parte de las «*Notes pour Joseph*»: a partir de Bilbao y de Reinosa, hay que dirigirse hacia Santander, apoderarse de la ciudad, «...*quemar la bandera que ha servido a la proclamación de Fernando...*», tomar rehenes y desarmar a los habitantes⁴⁰.

En ese otoño de 1808 y más precisamente en octubre, el divorcio se acenúa entre la «*versión pública*» de la guerra en la península (versión desme-

³⁸ C.H.A.N., AF IV 1614.

³⁹ *Correspondance de La Forest (...)*, p. 295.

⁴⁰ Carta n.º 14328: «*Notes pour Joseph*» (Saint-Cloud, 15 de septiembre).

drada y edulcorada) y la «*versión interna*» sólo conocida en las altas esferas parisinas. Esta versión es al mismo tiempo panorámica y fragmentada, porque consiste en un cúmulo de pequeñas informaciones variopintas. Ilustra ese aspecto de puzzle el contenido del legajo, conservado en el Archivo Histórico de París, titulado «*Asuntos de España —Correspondencia del Mayor General (el mariscal Berthier)— 25 de agosto/27 de noviembre de 1808*»⁴¹. Lo principal está constituido por los numerosos *Informes* que relatan detalladamente las operaciones de los mariscales y generales Moncey, Ney, Jourdan, Merlin, Lasalle, etc. Para nosotros, en este momento ofrecen menos interés que los comentarios que acompañan esos relatos y que son otras tantas exposiciones de motivos de insatisfacción o de desasosiego. Ya vimos cómo Berthier, ratificando la opinión del duque de Abrantès, juzgaba imposible la pacificación de Portugal. Pero se transparentan otros muchos desperfectos y fracasos: así, en el País Vasco faltan las vituallas, la paja para los animales y los medios de transporte, porque «...no se puede contar con los recursos locales...»; durante su estancia en el castillo de Marrac, cerca de Bayona, el Emperador descubre, estupefacto y luego enfadado, que se ha abandonado Bilbao a los insurrectos, cuando él se creía dueño de la ciudad; en las inmediaciones de la frontera vasco-francesa, los jóvenes recién llamados a filas desertan; Mortier reconoce que los soldados napoleónicos han cometido desmanes inexcusables en Burgos; por una carta interceptada, de Blake a Felipe de Alcaraz y Carvajal, las autoridades parisinas se enteran de que los franceses en su retirada han abandonado cañones en Reinos; unos números de *The Times* y del *Morning Chronicle* proponen la versión inglesa de cuanto pasa en España, versión —sobra precisarlo— totalmente desfavorable para los franceses; ofrece inesperadamente un pobre consuelo la revelación proporcionada por otra carta interceptada, de Gregorio de la Cuesta al intendente de la provincia de Burgos, en que lamenta «...la falta total de vestuario de la tropa de su mando...» que le «...expone a contraer enfermedades...»; y mientras que, por su lado, la propaganda francesa enfatiza, con mala fe y exageración, la indisciplina, flaqueza y cobardía de las tropas regulares españolas, otra carta interceptada del general Blake, escrita en Espinosa de los Monteros, alude despectivamente a los soldados franceses que en un combate «...huyeron en el mayor desorden...», sufriendo bajas enormes; pero sobre todo Blake alaba enfáticamente el valor heroico de sus propios soldados que aguantan el cansancio y las privaciones, «...sin túnicas ni zapatos...», vivaqueando bajo la lluvia. Otro documento cogido a los insurrectos no deja ninguna duda acer-

⁴¹ C.H.A.N., AF IV 1614.

ca de la opinión pública en Galicia, que se ha volcado con unanimidad y exaltación a favor de la insurrección: «...*El alistamiento se hace con tanto entusiasmo que han sobrado en los pocos días muchos miles de hombres para el completo de los cuerpos (...). La gente es asombrosa y han venido de las aldeas cantando con gaitas, de suerte que parece increíble que esto suceda en Galicia, de donde no dudo se saque todavía cien mil hombres en caso necesario (...). Hay alegría, entusiasmo y dinero; ni una sola lágrima de la salida de tantos patricios...*». Por cierto, Mortier finge extrañarse de que las hojas volantes de los insurrectos no hagan más que esparcir «*noticias absurdas*», pero él no disimula que España atraviesa una situación revolucionaria, peligrosa para los ocupantes franceses: «...*España está en la efervescencia más viva, como lo estábamos en 89...*».

A finales de octubre, los responsables imperiales parecen negarse a abrir los ojos y admitir la evidencia, a saber que las tropas napoleónicas se enfrentan, no sólo con los ejércitos españoles e ingleses, sino también con la población, armada o no. Y Mortier tiene que recurrir a un extraño silogismo para explicar que si los líderes insurrectos «*fanatizan*» a sus compatriotas, es porque ese fanatismo no se encendió espontáneamente; y otra vez se cierne la imagen —ahora temible para los soldados napoleónicos— de la insurrección popular de 1789 en Francia: «...*La Virgen de Zaragoza reanuda sus milagros, lo que prueba la necesidad de emplear grandes medios para sostener la exaltación de los espíritus (...). Parece ser que los insurrectos esperan fanatizar a los españoles hasta el punto de hacerles igualar el levantamiento en masa de los franceses en los comienzos de la revolución...*».

Como se ha apuntado ya, se radicaliza la distorsión entre la versión de los hechos para el público, que se va empobreciendo conforme escasean los éxitos y menudean las dificultades y, por otra parte, la versión para las autoridades, que ya no puede disimular el empeoramiento de la situación. Las gacetas publicadas por los insurrectos y que, después de caer en manos de los franceses, se mandan a París, patentizan, por contraste, el significativo enmudecimiento de *Le Moniteur* y el cinismo de los periodistas parisinos. Así, la *Gazeta ministerial de Sevilla* del 18 de octubre se hace eco de un artículo publicado en Londres, que reza lo siguiente: «...*Se ha publicado (en El Monitor), el 6 de septiembre, una relación que principia por lo acaecido en los primeros días de Mayo y termina con la fuga de Josef Bonaparte de Madrid y su llegada a Burgos; relación curiosísima y asombroso texido de iniquas falsedades qual jamás dio a luz gobierno alguno...*»⁴². O sea que

⁴² S.H.A.T., C8/273-274.

los periodistas parisinos no pueden ignorar que su sistema de desinformación ha sido perfectamente detectado y contrarrestado por sus adversarios.

El planteamiento estratégico del estado mayor imperial en noviembre —es ésta la segunda fase—, al margen de un punto mantenido sin cambio (la indispensable ocupación de Santander, «...*punto importante para Europa y para nuestras operaciones...*»), ofrece algunos aspectos nuevos que acompañan la sustitución, a la cabeza del 2.º Cuerpo de ejército, de Bessières por Soult. Efectivamente, éste ha concebido un plan ambicioso y original, no tanto por la meta final (obligar a los ingleses a reembarcarse en Galicia) como por su modalidad: se trata de ocupar Galicia, alcanzando esa provincia por dos rutas, por el litoral tras la ocupación de Santander y de Gijón, y también por el interior, pasando por Reinosa, León, Astorga y Ponferrada. El mariscal Lefebvre dirigirá la expedición terrestre. Soult confía en ocupar Asturias y Galicia en un par de semanas, plazo ideal antes de la llegada de los grandes fríos invernales. Si la campaña concluye felizmente, «...*se causarán daños inmensos a los ingleses...*». A todas luces, ese plan le agrada a Napoleón, quien recuerda la triple consigna referida a ese sector geográfico: interceptar las comunicaciones de los ingleses entre Galicia y el Duero; ocupar La Coruña antes de la instalación de los ingleses en esa ciudad; y no demorarse porque «...*la época para actuar en Asturias va a terminar pronto...*».

Efectivamente, entre el 14 de noviembre y el 2 de diciembre, tras haber pedido al general Bonnet que le mande cuatro cartas al día para estar informado constantemente de cuanto ocurra y se prepare, Soult va escribiendo al Emperador y al *Vice-Connétable* cantidad de cartas llenas de análisis pormenorizados, de pronósticos y de exigencias. Su optimismo se funda en que, tras el combate de Bilbao, «...*la tropa (española), hambrienta, desalentada, se desbanda vergonzosamente en cuanto aparece el primer pelotón francés...*», también en que «...*los recién alistados de Asturias siguen desertando y vuelven a sus hogares...*». En la carta que Soult manda a Berthier desde Santander, proporciona unos detalles interesantes acerca del medio, original y eficaz, que usan los adversarios para franquear los sectores montañosos en la Cordillera Cantábrica: «...*La artillería que llevan los españoles ha sido colocada en cureñas que son carros y que tienen la misma anchura que los carros usados en la comarca. A menudo las arrastran bueyes y así transitan por caminos en donde sólo podemos entrar con la infantería...*»⁴³.

⁴³ S.H.A.T., C8/144.

Con tal de que se le proporcionen los medios que solicita, en particular mulas, y de que Su Majestad el rey de España mande comisarios para organizar el país, Soult se persuade de que se ganará esa *guerra de montaña*» (Comillas, 19 de noviembre): «... *Creo que ha llegado el momento de actuar en Asturias y Galicia; en quince o veinticinco días se destruirá lo que queda de los regimientos recién formados de esas provincias y de las tropas venidas del norte. Quizá se pueda emprender algo hacia El Ferrol y La Coruña y apercibirse a entrar en Portugal por Galicia. Luego, Su Majestad podría disponer, para el país llano, de una parte de las tropas empleadas en esa expedición...*» (San Vicente de la Barquera, 24 de noviembre).

La última biografía francesa de Soult, propensa a manifestar hacia él indulgencia o admiración según las circunstancias, acude en defensa del mariscal que pronto fue acusado de haber tardado demasiado en lanzar esa gran ofensiva, advirtiendo que él se quedó sin órdenes entre el 28 de noviembre y el 10 de diciembre⁴⁴. Según la biografía, la explicación probable de esa inercia es que el Emperador quería apoderarse de Madrid antes de perseguir a los ingleses hacia Galicia.

Napoleón en España

Cuando uno recuerda el cúmulo de noticias, casi todas malas, referidas al mes de noviembre, que alimentan los dos legajos examinados, uno queda pasmado ante el optimismo tenaz manifestado por el Emperador después de su entrada en España, el 4 de noviembre. Es verdad que todo el mundo se ha empeñado en repetirle que su presencia en persona al sur del Pirineo es «... *una absoluta necesidad...*» (La Forest) y que su genio militar le capacita para concebir y encabezar una brillante contraofensiva en todos los sectores, anunciada en el *Journal de l'Empire* del 9 de noviembre.

A partir de ahora, coincidiendo, pues, con la presencia de Napoleón en España, disponemos de una doble fuente de información (o desinformación), constituida por los nuevos «*Bulletins de l'Armée d'Espagne*» que va transcribiendo la prensa y por las habituales cartas escritas por Napoleón y dirigidas al rey José, a Mortier, a Soult, a Bessières, incluso al humilde capitán Gillot a quien el Emperador hace unas preguntas nada trascendentales, pero reveladoras de su conocida curiosidad y meticulosidad: «... *Se supone que a partir de Reinosa hay como una muralla de montañas que hace una*

⁴⁴ GOTTERI, Nicole: *Soult, maréchal d'Empire et homme d'Etat*, Editions de la Manufacture, Besançon, 1991 (cap. «La brillante campagne de Galice», pp. 239-250).

*separación con Asturias: ¿Qué anchura tiene esa cordillera? ¿Existen caminos para ir a Reinosa y a Santander?...»*⁴⁵.

El denominador común de los «*Boletines del Ejército de España*» y de las cartas personales de Napoleón es el renacimiento de un optimismo descabellado, la explosión del «*voluntarismo*» y la resurgencia de una hispanofobia rencorosa que apunta a las tropas regulares, al clero y (cosa inédita) a los estudiantes salmantinos que, cerca de Burgos, han tenido la locura de coger las armas: «...*Se han encontrado en el bolsillo de oficiales muertos unas hojas de control de compañías que se titulaban «de Brutus», compañías del Popolo (sic); eran las compañías de los estudiantes de las escuelas...»*⁴⁶.

El Emperador, los mandos y los gaceteros se muestran muy sensibles a las agresiones que sufren los emblemas y símbolos: «...*Hay banderas, entre las que hemos cogido, en que el Águila Imperial es desgarrada por el León de España ¿Quién se permite semejantes alegorías?: las tropas peores que existen en Europa...»* (2.º Boletín).

La denuncia, airada y maligna, del ejército español viene a ser un tema predilecto que se desarrolla ampliamente en el décimo Boletín (26 de noviembre), tras haber sido tocado, diez días antes, en el cuarto y el quinto, combinándose en uno de los casos con la inquina anti-inquisitorial y el consabido odio a los monjes: «...*Ignorancia crasa, loca presunción, crueldad con el débil, flexibilidad y cobardía con el fuerte. He aquí el espectáculo que tenemos ante los ojos. Los monjes y la Inquisición han embrutecido a esa nación...»* (Décimo Boletín).

Los aborrecibles monjes hispanos también están involucrados curiosamente en un asunto de lana y ovejas. Y éste es el único tema evocador del componente económico de la guerra de España: «...*Se han encontrado lanas, en Burgos y sus alrededores, por un valor de 30 millones; S.M. ha mandado embargarlas. Todas las que pertenezcan a monjes y a individuos que actuaban con los insurrectos serán confiscadas y servirán de primera indemnización para los franceses, por las pérdidas que han sufrido...»* (Tercer Boletín).

El odio a los monjes, mordaz y obsesivo, alimenta también parte del duodécimo Boletín redactado en Aranda, el 28 de noviembre, quizá bajo la mirada o el dictado del mismo Emperador. En contraste con sus correligionarios de Alemania, Italia y Francia, admirables por su papel en las ciencias

⁴⁵ Carta 14479, «Au capitaine Gillot» (Burgos, 16 de noviembre).

⁴⁶ 2.º Boletín, Burgos, 12 de noviembre —Publicado en el *Journal de l'Empire* del 20 de noviembre—*Idem* para la cita siguiente.

y las artes, los monjes hispanos son despreciables y ruines: «...*Los monjes españoles proceden de la hez de la sociedad; son ignorantes y crapulosos. Sólo se halla una semejanza con los empleados de las carnicerías; comparten con ellos su ignorancia, tono y compostura...*».

La hispanofobia, invasora y demoledora, abarca también a la nobleza y a la población rural, víctima de una especie de feudalismo medieval. Sobra comentar lo grotesco de ese seudo compendio de historia socio-económica: «...*En cuanto a los desdichados campesinos españoles, sólo se pueden comparar con los fellahs de Egipto; no poseen ninguna tierra, porque todo pertenece, ora a los monjes, ora a alguna familia potente (...). Los Grandes han degenerado tanto que son sin energía, sin mérito y sin influencia...*» (Duodécimo Boletín).

Ya sobre el terreno, el Emperador parece darse cuenta, mejor que si estuviera en París, de la importancia del control de las comunicaciones entre Bayona y Madrid, para asegurar la marcha de los destacamentos y la circulación de los correos: «...*Cada treinta leguas, es decir cada tres jornadas de marcha, es preciso que haya un fortín en el que 400 ó 500 hombres puedan estar al amparo del insulto...*» (sic)⁴⁷.

Entre la entrada de Napoleón en España y su llegada a Madrid, se advierte una previsible diferencia de enfoque entre sus cartas y los Boletines. En las cartas, Napoleón multiplica las órdenes; hay que fortificar Pancorbo, Miranda y Burgos, ocupar Santander (embargando allí las lanas españolas y las mercancías inglesas), lanzar una proclama entre apaciguadora y amenazante a los habitantes de Palencia y de Valladolid y «...*mandar fusilar al primer soldado (francés) culpable de pillaje...*».

Por su lado, los Boletines acumulan los anuncios de victorias: Gamonal (Segundo Boletín), Durango, Balmaseda, Espinosa (Quinto Boletín), en Galicia (Sexto Boletín), entrada de Sault en «*Saint-Ander*» (Séptimo Boletín), en Castilla, toma de Rosas y de la fortaleza de Jaca, varios éxitos de Gouvion Saint-Cyr y de Milhaud (Octavo Boletín). Los lectores crédulos de *Le Moniteur* y del *Journal de Paris* tendrían la impresión de una marcha casi triunfal de Napoleón por Castilla y de un sensacional giro de la situación en la mitad norte de España, desde Galicia hasta Cataluña. Pero también es verdad que no se habla más de Portugal, de Andalucía y de Levante. En el supuesto de que los lectores de *Le Moniteur* buscaran una explicación para ese cambio repentino y radical del panorama, hallarían —o creerían hallar— tres elementos de respuesta: la presencia decisiva del

⁴⁷ Carta n.º 14459: «Notes pour le service du Génie» (¿Cubo?, 10 de noviembre).

Emperador sobre el terreno, la calidad pésima del Ejército español y la superioridad numérica del Ejército napoleónico, porque dos Boletines adelantaban las cifras siguientes: 180.000 hombres para los españoles y más de 200.000 para los franceses, cifra dada por los periódicos británicos.

Yo diría que el punto culminante, en la intensidad, alcanzado por el optimismo y el triunfalismo de Napoleón se sitúa entre el 20 y el 27 de noviembre, cuando el jefe de Estado se encuentra entre Burgos y Aranda. El 20, dirigiéndose a José, compone un panorama sobremanera brillante y esperanzador: «...*Las provincias de Santander, de la Vizcaya y de Soria, y probablemente mañana o pasado mañana, toda la Castilla, están enteramente sometidas...*»⁴⁸.

El 26, en una carta al ministro de la Guerra, enfatiza la importancia de la victoria de Tudela: «...*La batalla de Tudela es equiparable a la de Espinosa. El ejército de Andalucía que manda Castaños, el de Aragón que manda Palafox, los de Valencia y de Castilla-la-Nueva están destruidos o desparramados. Se les ha cogido cañones, impedimenta y una gran cantidad de prisioneros. Mientras tanto, los duques de Elchingen y de Bellune cortaban las comunicaciones de esos ejércitos con Madrid...*»⁴⁹.

Al día siguiente, el Emperador escribe a José: «...*La batalla de Espinosa, pero sobre todo la de Tudela, muestra lo que son las tropas españolas. Y eso que había en Tudela 30.000 hombres de las tropas de élite y 60 cañones. Ahora bien apenas intervinieron 6.000 hombres de los nuestros. La derrota ha empezado para Castaños y Palafox...*»⁵⁰. Luego, el Emperador felicita al mariscal Lannes por su actuación en Tudela y ordena que el mariscal Victor se le reuna para emprender la marcha hacia Madrid.

Llegaría ahora el momento de evocar la batalla de Somosierra o, más precisamente, la manera con que se comentó en la prensa parisina en los primeros días de diciembre, a partir del décimo tercer Boletín escrito en «*Saint-Martin*» (San Martín de Valdeiglesias), el 2 de diciembre; pero no lo haré, por haber tratado ese tema en un artículo que se publicó en 2001⁵¹. Me contento con apuntar el sorprendente laconismo con que el Emperador, en Buitrago, anuncia el «*affaire de Somo-Sierra*»: «...*Nuestras bajas son ínfimas (...). Los polacos de la Guardia han lanzado una carga brillante...*»⁵².

⁴⁸ Carta n.º 14499 (a José, Burgos, 20 de noviembre).

⁴⁹ Carta n.º 14512 (al general Clarke, Aranda, 26 de noviembre).

⁵⁰ Carta n.º 14518 (a José, Aranda, 27 de noviembre).

⁵¹ AYMES, Jean-René «La batalla de Somosierra en Francia. La inmediata versión oficial», en PASTOR MUÑOZ, Francisco Javier y ADÁN POZA, María Jesús, eds., *El campo de batalla de Somosierra (30-X-1808)*, Comunidad de Madrid, 2001, pp. 121-125. Cf. también el cap.V («Somosierra: la venganza de Napoleón, noviembre-diciembre de 1808» del libro de ESDAILE, 2003.

⁵² Carta n.º 14522 (a José, Buitrago, 30 de noviembre).

Con el mismo laconismo, Napoleón, desde el «*campamento imperial*», informa a Bessières, el 4 de diciembre, que se acaba de tomar Madrid a mediodía y que el general Dorsenne ha entrado en El Escorial⁵³. Inesperadamente, la rendición de Madrid dista mucho de provocar, en el lado francés, una lógica unanimidad de impresiones entusiastas y de opiniones lisonjeras. En los Boletines, desde el decimocuarto hasta el decimoséptimo anunciador de una revista militar pasada por Napoleón, el acontecimiento magno que supone la sumisión de la capital del país se diluye en relatos, noticias y comentarios que anulan todo aspecto de hazaña o epopeya, porque la atención del lector se distrae, fijándose sucesiva y atropelladamente en las negociaciones con Morla, la detención de personajes eminentes, las digresiones anti-británicas, el anuncio de medidas policíacas, etc. En épocas posteriores, los historiadores estimarán que Napoleón, ante una situación confusa y en ausencia de una secuencia militar sobresaliente, se guardó de manifestar un entusiasmo aparatoso, como si hubiera descubierto la caducidad de uno de sus axiomas, a saber que la posesión de las llaves de la capital de un reino no abre acto seguido la posesión de éste. También se puede imaginar que le dio que pensar el comentario nada triunfalista del mariscal Jourdan, así transcrito posteriormente: «...*La sumisión de Madrid no produjo sobre la nación el efecto que esperaba Napoleón; primero, provocó un gran asombro, pero pronto se atribuyó a la traición, y un grito de indignación se levantó por todas partes contra el general Morla acusado de haber entregado la capital para hacer olvidar su conducta en Andalucía...*»⁵⁴.

Napoleón en Chamartín

Cantidad de detalles, algunos poco conocidos, relativos a la capitulación de Madrid figuran en el decimocuarto Boletín, fechado en Madrid el 3 de diciembre y publicado en *Le Moniteur* del 16 de diciembre, trece días después del acontecimiento. Sería ocioso transcribir ese dilatado relato acompañado del texto de la capitulación. Entre los detalles raramente apuntados por los historiadores viene uno referido a la defensa de las casas cuyas ventanas han sido obstruidas, contra la metralla francesa, con «...*colchones y gruesas balas de algodón...*».

⁵³ Carta n.º 14525 (a Bessières, Camp impérial de Madrid, 4 de diciembre).

⁵⁴ Citado por el comandante BALAGNY, 1903, p. 4.

Los Boletines que van del decimoquinto (7 de diciembre) al vigésimo (19 de diciembre) están dedicados, en una pequeña parte al sitio de Rosas y mayoritariamente a la actuación de Napoleón en Chamartín. Esta vez, los gaceteros van completando los Boletines con textos particularmente importantes como son la proclama de Napoleón dirigida a los españoles el 7 de diciembre (*Le Moniteur* del 23 de diciembre) o su respuesta, el 9 de diciembre, a los delegados de la Villa de Madrid (*Le Moniteur* del 27 de diciembre). De momento, la prensa no transcribe el contenido de los conocidos «*decretos de Chamartín*» del 4 de diciembre que, en cambio, figuran in extenso en la *Correspondencia del Emperador*⁵⁵. La brevedad, la densidad y el sumo interés de la respuesta oral, de talante revolucionario, que hizo Napoleón a los delegados de la Villa de Madrid justifican que se acuda aquí a *Le Moniteur* del 27 de diciembre donde figura el resumen de dicha alocución aclaradora de las grandes líneas de la política napoleónica respecto a España: Napoleón ha conservado las órdenes religiosas; ha abolido el tribunal de la Inquisición; ha suprimido los derechos feudales, «...*usurpados por los señores...*»; ha instaurado un solo sistema de justicia; ha decidido que «...*los Borbones ya no reinarán en Europa...*».

Dos días antes, en su proclama del 7 de diciembre, Napoleón había confirmado su promesa de contribuir a la regeneración, política y económica, de España, acompañando esa promesa aparentemente generosa, por cierto, de una especie de vil chantaje: España será tratada como «...*provincia conquistada...*» si los españoles rechazan ese ofrecimiento: «...*Todo cuanto se oponía a vuestra prosperidad y vuestra grandeza, lo he destruido; las trabas que pesaban sobre el pueblo, las he roto; una constitución liberal os da, en lugar de una monarquía absoluta, una monarquía templada y constitucional. Sólo depende de vosotros el que esa constitución siga siendo vuestra ley...*»⁵⁶.

Ese programa de reformas institucionales y socio-económicas, unas de ellas sustanciales y progresistas, ha sido estudiado, aunque no tanto como las reformas decididas en Bayona. En cambio, se ha prestado menos atención a una serie de pequeñas medidas de varias clases que, bajo la forma de cartas y órdenes, han sido recogidas en la correspondencia del Emperador y en unos documentos de archivos conservados en París⁵⁷. Voy a mencionar algunas, prescindiendo de todo comentario, porque sería ocioso repetir, tras otros historiadores, que Napoleón se ocupa de todo, además de las opera-

⁵⁵ Cartas n.º 14526 a 14529.

⁵⁶ Carta n.º 14537: «Proclamation aux Espagnols», Camp Impérial de Madrid, 7 de diciembre).

⁵⁷ Cartas n.º 14531, 14533 y 14534.

ciones militares que sigue dirigiendo minuciosamente. Nada le es ajeno, ni el mantenimiento del orden, ni la higiene pública, ni la «*campaña de opinión*»... Así, en el transcurso de las tres semanas que pasa en Chamartín, ordena la supresión de las Guardias Walonas, la creación de la «*Guardia Nacional de Madrid*», la fortificación de la «...*fábrica de Porcelana*...» (la llamada China), el precintar las casas de varios notables, el alojamiento de la división Ruffin en distintos conventos, la eliminación de los cadáveres que yacen en las calles, la puesta en marcha de molinos para asegurar el abastecimiento en pan, el castigo de los soldados que cometen saqueos, la amplia difusión de las gacetas afrancesadas... Sobre el particular escribe el príncipe de Neuchâtel: «...*Procure proporcionarse, cada día, mil ejemplares de la Gaceta de Madrid y repartirlas por doquier*...».

Como si, por fin, Napoleón se hiciera consciente de que la marcha de la guerra de España depende, no sólo de la actuación de los ejércitos regulares, sino también del comportamiento de la población, confiere, más que nunca, una suma importancia a los *medios*: gacetas españolas —como acabamos de ver— y *boletines* para los habitantes de Francia, para el cuerpo diplomático y tal vez para los habitantes de los países extranjeros. Por eso, no se olvida de escribir a Caulaincourt, su embajador en Moscú: «...*Los boletines le darán a conocer los acontecimientos que han ocurrido desde el combate de Burgos, la batalla de Espinosa y de Tudela y los combates de Somosierra y del Retiro*...».

Durante su estancia en España Napoleón controla con un rigor minucioso la redacción de los Boletines. Cuando está en Aranda, el 28 de noviembre, escribe al «*archichancelier*» Cambacérès: «...*Primo mío, los boletines no son unas piezas identificadas. Han de publicarse en El Moniteur sin que se sepa de dónde proceden. Vd sólo se ha de enterar de su contenido y no los enseñará a nadie*...». De esa consigna se puede deducir que el Emperador es el redactor, exclusivo o no, de los Boletines que efectivamente llevan su sello inconfundible⁵⁸.

La temática de los Boletines redactados en España se va diversificando; la parte que no cambia la constituyen los informes puramente militares que son otros tantos anuncios de victorias sobre los ingleses y los españoles; por otro lado, se asiste a la intensificación de la animadversión hacia algunos líderes de la resistencia española (duque del Infantado, Palafox...), al des-

⁵⁸ Escribe el comandante BALAGNY: «*Esos boletines son en general unas obras maestras de destreza. Napoleón, que los había inventado, había descollado en su redacción y, gracias a ellos, podía rematar, mediante la ironía e incluso el insulto, al enemigo a quien había derrotado por la potencia de sus armas*», 1903, p. 3.

bordamiento de una hispanofobia que apunta en particular a los monjes y a los Grandes y, por fin, a la exacerbación de la vieja anglofobia que se enriquece con un motivo nuevo al centrarse ahora sobre las relaciones hispano-inglesas; se pretende sacar a la luz y cubrir de oprobio una alianza escandalosa en su modalidad y su meta: «...*Inglaterra tiene por aliados el monopolio, la Inquisición y los Franciscanos; se aprovecha de todo, con tal de que divida a los pueblos y cubra de sangre el continente...*» (Décimo Boletín).

La idea nueva, quizá no enteramente errónea, inspirada por algunos informes de generales, es que los ingleses se han hecho impopulares, pero no hasta tal punto de que los franceses puedan soñar con una ruptura de la alianza anglo-española: «...*Los ingleses inspiran horror a esas tropas (españolas) que desprecian, a los ciudadanos pacíficos que maltratan y cuya sustancia devoran para alimentar a su ejército...*».

A pesar de su riqueza, la correspondencia de Napoleón fechada en Madrid dista mucho de reflejar la intensa actividad que despliegan el Emperador y sus militares. De ella da una pequeña idea un legajo, conservado en París, que cubre más o menos el mes de diciembre. Allí se encuentran en particular los documentos siguientes: cantidad de cartas y gacetas, traducidas al francés, que proceden de sectores enemigos; las cartas de adhesión al nuevo régimen de algunos notables; un informe sobre la rica colección de mapas embargados en la casa del duque del Infantado; las posiciones ocupadas por las tropas francesas cerca de Burgos y de Valladolid; los desplazamientos del marqués de La Romana; las pesquisas en casa de la vieja duquesa de Osuna que se había atrevido a mirar descaradamente al mariscal Moncey; la situación de Madrid en cuanto a las vituallas, el trigo y la paja; los carteles en francés y en español que anuncian los castigos para los españoles sospechosos o que conservan sus armas; las medidas contra los soldados franceses que se quedan fuera de los cuarteles después del toque de queda; el aspecto de las calles que se están arreglando; el buen estado del Palacio Real, a excepción de dos almacenes de armas donde se han robado unas viejas armaduras; el disgusto de varios generales y mariscales recién llegados que, queriendo alojarse en los palacios de Grandes de España, han echado fuera a los gendarmes encargados de vigilar el precioso mobiliario; en El Escorial los gendarmes han ordenado que se les entreguen las cajas llenas de dinero y que los monjes se queden en su respectiva celda, custodiados por un gendarme...

Unas *Notas* y un *Informe sobre Madrid* (4 de diciembre) no carecen de interés, porque pretenden desvelar opiniones y comportamientos colectivos: la mayor parte de los monjes y religiosas —informa el ministro afrancesa-

do Pablo de Arribas—⁵⁹ se han quedado en sus conventos; y otros se han refugiado en casas de parientes y de amigos; «...*todo se fundirá (sic) en la clase del pueblo de donde ha salido la mayor parte de esa porción ignorante del pueblo...*»; la mayoría de los Grandes también han quedado en Madrid o se han establecido en las inmediaciones de la capital, declarando que han tomado las armas por miedo al populacho; los «...*ciudadanos honrados...*» que pertenecen a la clase media temen más que todo los desmanes de los soldados napoleónicos y el saqueo de sus casas; el pueblo y el bajo pueblo no parecen excesivamente agitados u hostiles: «...*No pienso que haya habido entre los españoles menos disposición al asesinato...*»; su resignación procede del desengaño: pensaban que Castaños hubiera entrado en Madrid antes de que lo hiciera Napoleón; con toda probabilidad, el rey (José) será vitoreado en medio de una alegría sincera. Añádase a esa perspectiva alentadora la afirmación de que la Junta insurrecta es impopular. Todos esos datos y apreciaciones se combinan para poder asegurar, el 21 de diciembre, en vísperas de la salida de Napoleón, que la capital se distingue por su «...*perfecta tranquilidad...*» (Pablo de Arribas).

El testimonio de Miot de Mérito no tiene desperdicio, porque desvela las disensiones que se encuentran entre Napoleón y José, quien, para manifestar su disgusto, ha renunciado también a entrar en Madrid, retirándose al Pardo. Según Miot de Mérito, confidente de José, éste desapruueba que el Emperador tome medida tras medida sin consultar siquiera al rey. En realidad, su enfado y desesperación se remontan a una época anterior, como lo atestigua la carta que había mandado a Napoleón, el 10 de noviembre: «...*Veó todos los desórdenes, sin poder reprimir ninguno. Ayer, y desde hace cuatro años, pude mandar un ejército; hoy no tengo la autoridad de un subteniente; ¿Merezco, por mi carácter, hacer el ridículo ante el ejército en un país donde he de ser el rey? No quiero hacer una entrada pública en Burgos. La hice la primera vez. Desde aquel entonces me presenté ante el enemigo con 400 caballos: ¿Qué soy aquí?...*»⁶⁰.

A José le sientan mal los decretos promulgados por su hermano, el 4 de diciembre⁶¹. Desde el Pardo, le escribe, cuatro días después: «...*Majestad, el Señor Urquijo me informa de las medidas legislativas tomadas por S.M. La vergüenza cubre mi frente ante mis pretendidos súbditos. Ruego a S.M. que reciba mi renuncia a todos los derechos que me diera para ocupar el*

⁵⁹ BALAGNY, 1903, p. 64. Las citas siguientes proceden igualmente de esa obra.

⁶⁰ *Mémoires et correspondance politique et militaire du Roi Joseph, publiés, annotés et mis en ordre par A. du Casse, Perrotin libraire -éditeur, Paris-, 1854, p. 267.*

⁶¹ Cf. el comentario de ESDAILE, 2003, p. 185.

*trono de España. Siempre preferiré el honor y la probidad a un poder comprado a un precio tan alto...»*⁶².

Pero, a excepción del José —rey a pesar suyo— y del mariscal Jourdan que se atreve a manifestar el miedo del monarca a que el enemigo se dirija hacia Madrid y haga peligrar a las tropas estacionadas en Aranjuez, todos los franceses que toman la pluma durante la estancia de Napoleón en Chamartín se portan como unos cortesanos empeñados en dar pábulo a su optimismo inagotable.

Ese optimismo también se nutre de la esperanza que él abriga, cuando se aleja de Madrid, de perseguir victoriosamente a los ingleses hacia el noroeste y de obligarles a embarcarse en Galicia. De todos es sabido cómo y por qué se frustró esa esperanza.

En lugar de ir en pos del Emperador, prefiero seguir en Madrid para constatar cómo, apenas Napoleón ha vuelto la espalda, la situación militar en la capital se altera, brotando de nuevo la inquietud. Como si el Emperador hubiera ejercido una forma larvada de terrorismo intelectual, ahora las lenguas parecen soltarse. Ya hemos visto cómo José teme una expedición enemiga hacia la capital. El 22 de diciembre, el general Belliard, gobernador de Madrid, comenta el mal sesgo que toma la opinión pública cuando se difunde el anuncio de que Napoleón se ha visto obligado a alejarse de Madrid: «...*El movimiento de las tropas hace murmurar abundantemente a los habitantes y esa gente maligna esparce el rumor de que el Emperador vuelve a Francia por que los rusos han invadido el territorio (sic). Se dice que Castaños está en la Mancha a la cabeza de un ejército importante; se pretende que dentro de ocho días ya no estaremos en Madrid: éstos son los únicos chismes de esta noche; con todo, se afianzan merced al deseo, que tienen los españoles, de que se hagan realidad...*»⁶³.

El 25 de diciembre, el mismo Belliard no disimula que la agitación reanuda, obligándole a ordenar que los oficiales duerman en los cuarteles y que los soldados se dispongan a tomar las armas, porque los habitantes hablan de los movimientos del ejército insurrecto⁶⁴. Dos días después, el general Latour-Maubourg, en Ocaña, advierte, con una comprensible desazón, que los vecinos de los pueblos se sublevar conforme se les acerca el ejército español. Ese anuncio se debía de interpretar en París —pero, ¿quién se hubiera atrevido a hacerlo?— como la confirmación, hartamente alarmante, de que la población, en su mayoría no va a auxiliar a las tropas napoleónicas

⁶² *Mémoires (...) du Roi Joseph (...)*, p. 281.

⁶³ BALAGNY, 1903, p. 113.

⁶⁴ C.H.A.N., AF IV 1615.

en el momento en que parte de ellas desampare la capital. Para la totalidad de los franceses entonces presentes en el suelo español, supongo que esa esperanza o ilusión (la de poder contar con la adhesión o sumisión de la población civil) ya se había esfumado antes de ese final del año ocho.

¿Qué confianza José, sus ministros y sus consejeros podían conceder ahora a los últimos mandamientos y pronósticos enunciados por el Emperador, el 22 de diciembre?: «...*El único objetivo señalado al Rey es guardar Madrid. Todo el resto es de escasa importancia. Todos los residuos de los ejércitos españoles no pueden enfrentarse con los 8.000 jinetes que se dejan al Rey...*»⁶⁵.

Las demás consignas, de poca monta, son de distinta índole: hay que proseguir las obras de fortificación de Madrid, tomar medidas para el abastecimiento de sus vecinos y seguir recogiendo las firmas de los que prestan el juramento de sumisión al nuevo rey.

Medio siglo después, habiendo tomado altura para abarcar todo el año ocho, Miot de Mérito establece un balance extraordinariamente sombrío, y eso que no habían ocurrido todavía los desastres de los Arapiles, Vitoria y Waterloo: «...*Así acabó el año 1808. Fue el último de mis años felices. Todos los que le siguieron, a lo largo de los que pasé dedicándome a los negocios públicos, no fueron sino una serie de penas y desdichas, hasta la catástrofe que me devolvió a la vida privada...*»⁶⁶.

⁶⁵ BALAGNY, 1903, p. 283.

⁶⁶ *Mémoires du comte Miot de Mérito*, Michel Lévy, Paris, 1858, tomo III, p. 29.